

© Antonio Enrique 2020
© Ediciones Dauro S.L. 2020

Primera edición impresa, enero, 2020
Edición digital enero 2020

Fotografía de portada y solapa, Rafael González Maldonado

«Reservados todos los derechos de conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

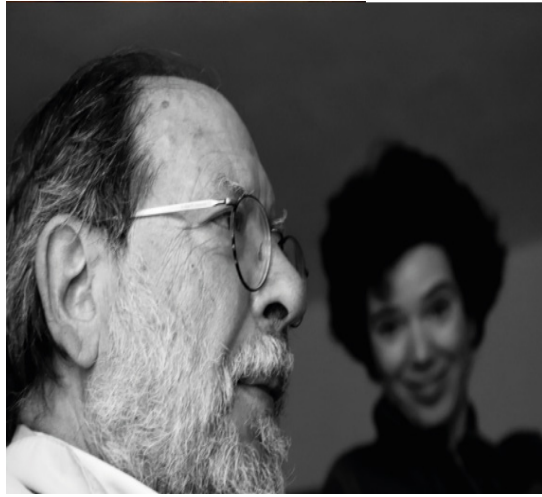
Ediciones Dauro S.L.
www.edicionesdauro.com
edicionesdauro@edicionesdauro.com

Depósito legal: GR 155-2020
ISBN edición impresa: 978-84-17458-98-0
ISBN edición digital: 978-84-18183-35-5
Impreso en España — Printed in Spain

ANTONIO ENRIQUE

(Granada, 1953), de la Academia de Buenas Letras de Granada, cultiva la poesía, narrativa, ensayo y crítica literaria. Como poeta, ha publicado veintidós libros. Entre sus últimas obras destacan: Cisne esdrújulo (Granada, 2013), El amigo de la luna menguante (Barcelona, 2014), Al otro lado del mundo (Málaga, 2014) y La palabra muda (San Sebastián, 2018).

Entre sus novelas destacan: El discípulo amado (Seix Barral, 2000), Santuario del odio (Roca, 2006), La espada de Miramamolín (Roca, 2009), El hombre de tierra (Padaya, 2009), Rey Tiniebla (Almuzara, 2012) y Boabdil, el príncipe del día y de la noche (Dauro, 2016). Como ensayista, cuenta con los libros Erótica celeste (2008), Las cavernas del sentido (2009), Metidos en una pompa de jabón (2015) y El espejo de los vivos (2017). Reside en Guadix, ciudad en la que se jubiló tras treinta y cuatro años de vida docente y en la que está al cuidado del aula Abentofail de poesía y pensamiento. En 2014, la Diputación de Granada le concedió la Medalla de Oro de la provincia. En 2015, el claustro de profesores del instituto donde ejerció puso su nombre a la biblioteca del centro. En 2016, la Fundación Andrés Bello le otorgó el premio a la Obra Narrativa Completa y en 2017 le fue concedido el premio Andalucía de la Crítica, en su sección de narrativa.



Los mamíferos extraños, basculante entre el ensayo y la novela, constituye no solo la relación de unos hechos biográficos, sino en mayor medida la reflexión sobre los mismos. Estamos ante un primer volumen de memorias donde lo prioritario ha sido la disquisición sobre el destino, y por tanto abierto a los ámbitos del pensamiento en todas sus vertientes, desde lo filosófico a metafísico, lo biológico y sociológico, pero, sobre todo, la introspección psicológica y aun paranormal. Anécdotas y vivencias van desgranándose con amena sinceridad, en tanto que indagándose en asuntos acuciantes como los sueños, la transmisión del pensamiento, el mecanismo de los celos, las desdichas del amor y el aprendizaje de la vida, el sentido trascendente de la muerte y la posibilidad de reencarnación. Presencias y figuras inolvidables desfilan por estas páginas dejando su huella en el incipiente escritor de entonces. Libro controvertido, su heterodoxia puede que no convenza, pero, como en todos sus precedentes, seduce y da que pensar. De ahí su condición insólita. Sus planteamientos siempre van más allá de lo establecido por las normas convencionales.

Antonio Enrique

Los mamíferos extraños

(los signos del destino)

DAURO

ÍNDICE

Preámbulo

Pie de citas

1. El lector me perdone	17
2. El pensamiento de Dios	20
3. Los tres caminos	23
4. Un tal Kant	29
5. Acerca de la fatalidad	33
6. Una carterilla de tabaco de picadura	36
7. El niño del pozo	40
8. Mi amigo que se parecía a Ulises	47
9. “Simón, soy Simón”	52
10. Ama la mujer al hombre que le hubiese gustado amamantar	58
11. Alfabeto del destino	61
12. La moneda al aire	67
13. Mi amiga de la infancia	69
14. El primer amor	76
15. Una sonrisa de las que duelen	80
16. Cementerio de ilusiones muertas	85
17. La mujer inspiradora	90
18. La luz de la sangre	95
19. “Viejos conocidos”	101
20. La aguja en un pajar: nuestro planeta	107
21. Inmortalidad, eternidad	113
22. ¿Y qué de la muerte?	117
23. Perdón por existir	121
24. No hay que entristecer a los ángeles	126
25. Mujer—Némesis	130
26. Lo más parecido al éxtasis	134
27. ¿Quiénes eran?	139
28. El profesor de latín	144
29. La invisible transparencia	150
30. Aquí, ahora	159
31. El molinillo de tiempo	166

32. De pronto, apareció	173
33. Las trampas del subconsciente	177
34. La dueña de mi secreto	182
35. La compensación hormonal	190
36. El puente sobre el río de las vidas pasadas	196
37. El amor como obra de arte	200
38. Región donde las rosas no se marchitan	205
39. La voz, huella dactilar	210
40. El universo, genoma de Dios	218
41. En el vientre de una ballena feliz	223
42. Los celos, ¿aracnofilia? ¿Rito propiciatorio?	231
43. La Armónica Montaña	240
44. Gloria a los poetas sin suerte	248
45. La bola va	254
46. El cura del cementerio	260
47. Iván, don Giovannino y lo demás	265
48. Pura seda	271
49. “No consta”	275
50. La esfinge de tu vida	279
50+1. Dímelo tú	283

*Y solo Dios, en verdad omnipotente,
supo que eran mamíferos de otra especie.
Vladimir Maiakovsky*

PREÁMBULO

Existen muchos viajes, pero el más apasionante es hacia el interior de uno mismo. Este viaje al centro de cada cual se concentra en una sola pregunta: ¿existe el destino? Lo que separa la afirmación de la negación radica en la percepción que se tenga acerca de la muerte, pues de ella, como total acabamiento o por el contrario cambio de dimensión, se desprende la creencia de que el destino individual exista o no. De manera que es la respuesta ante la muerte lo que otorga sentido a la vida. Pues quien la concibe como el apagón total tiene un concepto de la vida distinto al que la entiende como un despertar en otro plano de la energía; la muerte, para estos, se convierte en un tránsito sereno, un trance limpio, que no duele y, sobre todo, rápido, una espera fugaz que sin embargo puede ser fatigosa: todo sucede en un parpadeo y es imposible determinar cuándo ocurre, el momento exacto en que el hilo se cercena. Pero para cuantos la conceptúan como un apagón definitivo, la muerte se convierte en una víspera perpetua, una angustia sobre lo inminente que lleva a la disolución de todo cuanto en vida fuiste. Hay quienes asumen esto último como descanso, así como un retorno a la nada, agotado el ciclo biológico: deshecho el cuerpo, se aspira a que desaparezca, de lo que proviene un indudable alivio, tanto más por cuanto, con los años, las decepciones, tan dolorosas, pesan a menudo más que los recuerdos gratificantes. Nada nos retiene ya, para unos y para otros. Ambos entienden la vida como una ilusión, como un sueño perverso en ocasiones: un paréntesis entre dos nada, se dijo. Nada, en fin, que no se dijera en los siglos barrocos: las Vanitas de Valdés Leal, los responsorios de Calderón. La noche en una mala posada, como decía Teresa de Ávila. Un escritor nunca es solo un escritor. Un

artista, tampoco. Tal vez la única coincidencia en creyentes y profanos sea el que una muerte bella justifica haber vivido.

Básicamente, pues, el destino es el tiempo que nos queda. Y la lucha por perpetuar el amor que cada cual siente. Es una lucha, en definitiva, contra el tiempo. Un tiempo ya dictado por la biología y determinado por el genoma, pero impreciso por nuestra mente.

Pero, para quienes albergan la creencia de la muerte como un despertar en otra dimensión, aletargada el alma durante la vida terrena, el destino individual es lo que explica el sentido de la vida, en tanto que para quienes no piensan así, y ni siquiera en el alma creen, lo que existe es el destino como especie, la especie humana compuesta por mamíferos inteligentes, y por ello contradictorios, y por tanto extraños. Así que, unos y otros, no tenemos potestad sobre la muerte, por lo que esta se constituye en el gran misterio de la vida. Un destino como especie, en el que el ser humano viene a ser el moscardón contra el cristal frente al cual se empeña; destino biológico que puede llevarnos al exterminio de la especie. Esta es la esencia de la literatura: el destino, porque abarca la vida, el amor y la muerte. El destino, piedra angular de la literatura de todos los tiempos y lugares. Pues esto es cuanto en cualquier gran libro se dirime: el espacio de la voluntad frente a cuanto escapa de ella. Una obra maestra no es más que el intento de despejar tal incógnita en la ecuación de la vida entre el amor y la muerte.

En las páginas que siguen he intentado hacer lo que me corresponde, más como persona que como escritor: observar en mi modesta vida lo que era mío y lo que era de los demás, lo que estaba adentro de mí y cuanto procedió de afuera en colisión con lo que conformaba mi identidad más profunda; es decir, si existían algunas trazas de lo que llamamos destino, concebido como un cómputo de posibilidades entre las que me

fuera posible escoger a efectos de una voluntad externa a mis deseos más íntimos, y si esta elección entre probabilidades lo fue porque existía en mí una predisposición desconocida, es decir innata, hacia esas decisiones no del todo voluntarias.

Para lo cual he tenido que descender a hechos concretos de mi propia existencia. Estos, por sí, carecen de importancia. Lo que importa es por qué sucedieron y si podían haber sucedido de otra manera o simplemente no haber sucedido, con lo que yo mismo hubiera sido otro. Porque, a fin de cuentas, lo que importa es el misterio de la vida, del amor y de la muerte: ¿Todo es consecuencia del azar? ¿Todo es aleatorio? O bien, por el contrario: ¿El destino se sirve del azar para enmascararse? No es el azar el misterio, el misterio consiste en que el destino se sirva del azar, esto es lo aparentemente ajeno a uno mismo, para cumplirse en la vida de toda persona, aunque finalmente la voluntad decida, una voluntad a menudo ciega por las pulsiones del instinto inmediato. Se sirve del azar el destino, pero no es el azar. Fuerzas que no controlamos mueven el azar. Tales fuerzas sí lo constituyen, el destino. Y estas fuerzas no otra cosa son, o pueden ser, que las presiones del karma, la rémora del pasado que puja por realizarse. La voluntad personal ahí pinta poco, porque normalmente ignoramos si el origen de las contrariedades, los vaivenes del azar, provienen o no de una vida anterior. Y esta sí que nos sería inaccesible. La voluntad personal, entonces, no puede combatir lo que ignora. Achaca los sufrimientos a meras consecuencias de hechos cercanos, eslabones de una cadena cuya causa primera sería inabordable.

Lo que ha salido, bien mirado, no es un ensayo propiamente hablando, ni una novela, que exige, a mi entender, un reglado transcurso de hechos, amén de una continuidad en los personajes. Tampoco es un libro de memorias, porque vuelvo a insistir en que, si por consignar los hechos de mi vida fuera,

este libro carecería de importancia. Me he dedicado a escribir como otro hubiera profesado cualquier otro oficio, y el mío no tiene más ni menos sustancia que el de cualquiera, por irrelevante que este sea. Tuve, o creí tener, esta habilidad. Pero con la misma franqueza debo declarar que no concibo la vida si se me presenta ajena a la literatura. Existo porque escribo. Y si no hubiera sido el modesto escritor que soy, tampoco sería yo, porque, como en tantas otras personas, había una fuerza en mí superior a mí mismo: tal vez hubiera buscado la propia extinción, porque la vida sin el referente de los libros me abrumba; es más, no la concibo. Esta ha sido mi razón personal o, si se prefiere, mi adicción clínica. Pero yo no quiero que este libro sea para quienes sienten lo mismo que yo. Quiero unirme a las personas de cualquier condición para decirles: mira, aquí puedes ver, como bajo una lupa de aumento, cómo suceden y por qué las cosas, unas circunstancias que, de otra manera, las de cada cual, podían haberte sucedido a ti; pero me toca contarlas a mí, porque este es mi oficio, buen provecho te hagan.

Esto he escrito porque, apartado en un pueblo de provincias, no tengo mejor cosa que hacer. Lo mismo pudiera no haberlo escrito, y no pasaría absolutamente nada; al igual que si el lector desiste ahora mismo de su lectura. Por el hecho de ser escritor, no tengo superioridad alguna ideológica sobre ninguno de los vecinos que habitan esta misma calle. Por esto me parece una fatuidad adquirir un compromiso de cualquier índole, como hoy parece obligado, un compromiso que no sea estrictamente el de la conciencia, teniendo en cuenta que en esta conciencia individual están inscritos los demás, y de ahí los derechos inherentes a su dignidad, primero de ellos la libertad, “por la cual ha de darse la vida, amigo Sancho”. Ninguna imposición más procede. Pues yo concibo al escritor como un caballo no sujeto a ninguna brida ni montura, un caballo que galopa sin rumbo

y que duerme de pie para estar más alerta. Lo que sí puedo al lector es darle compañía, porque me sitúo hombro con hombro con sus limitaciones. Y lo mío es contar, contar historias, aunque en este libro lo importante sea el comentario que estas suscitan, y entonces, tal vez, sea válido para todos, incluido yo mismo. Porque, aunque nos sucedan cosas diferentes, las razones por las que ocurren nos atañen de igual manera. Lo prioritario aquí ha sido la introspección psicológica.

Este libro es a semejanza de un árbol en expansión, y el presente volumen un simple cerco en el interior del tronco. Puede que siga en otros por su misma fuerza centrífuga en siguientes volúmenes, y tal vez entonces acuñe título general a la obra íntegra. Algunos episodios los escribí mientras sucedían, a tiempo simultáneo. Por ello, lo que tienes en las manos puede considerarse una “casi novela”. Lo dejo aquí. Ahora lo llaman “memoria—ficción”. Pero yo no tengo ningún interés por añadir imaginación sobre la ficción que ya es de por sí la vida misma. Allá quien piense lo contrario.

1. EL LECTOR ME PERDONE

A mí me pasa lo que a Dios, que quiero a la gente. Pero a la gente no suelo gustarle yo. Tampoco nadie gusta de nadie en general, ni en particular a sí mismo. Otra cosa es que se quiera a él mismo: nos queremos por no tener a nadie más cerca. A lo largo de mi vida, he tenido bien presente que debía actuar al contrario de lo que se esperaba de mí. Y lo primero es eso, amar a la gente, esto es uno por uno. Pero ello, por difícil que se haga comprender, no es obra del convencimiento mental, sino del instinto intuitivo. Se trata de una pulsión muy cercana a la piedad, empezando por la que a mí mismo me provocó. El amor a la gente, con todo, forma parte del amor a la vida. No se puede, si no. La vida es lo que siempre tira hacia adelante. Esa fuerza ignota y poderosa que nos impele a seguir. Es necesario que te grabes en la mente una primera verdad: la fuerza con la que amas a quien más ames en este mundo es la misma con la que amas cualquier cosa de la vida, solamente varían el modo y la intensidad; pero se trata de un mismo impulso homogéneo: no es que tengas un amor específico para determinada persona, es que es la misma energía la que te hace amar al mendigo, al enfermo, al loco, al indefenso, pues un mismo amor anega el universo. Porque esa energía en nosotros, no lo dudes, es cósmica. Somos lo que seamos por amor, lo único que no se pierde, lo único que queda de nosotros. Su vibración, su resplandor, son permanentes.

Y para mí esta fuerza del amor es inseparable del sentido estético, no depende solo de la piedad. La belleza forma parte del misterio de la vida, y no ya por racionalidad, sino por instinto que compartimos con numerosos animales; así es como el sentido estético se hace solidario: lo mismo que mueve a amar las bellas cosas de este mundo es lo que nos impulsa a amar a las personas.

Podría ser esta casa común de todos los seres vivos un planeta aún más pequeño, más ingrato, más indeseable. Pero es el que es, tan bello por sí que es difícil concebir otro que lo fuese todavía más, porque incluso las visiones del paraíso podrán ser más placenteras, pero no más bellas que los más bellos paisajes de la Tierra. ¡La Tierra, este orbe que vemos curvarse en el horizonte, más allá del mar, en donde confluyen las mareas! Esta curva que de un extremo al otro parece que no termina nunca, que nunca acaba, como cuando el corazón se queda suspendido entre un latido y otro. Este orbe flotando en el espacio, solemne, majestuoso, azul; solemne, rotundo, redondo. Las tierras que emergen del mar, tan copiosas en frutos de toda forma y color, tan pobladas de fauna de todas las formas y colores, este planeta lesionado por nosotros, los extraños mamíferos, los depredadores impasibles, quienes precisamente somos los únicos que podemos admirar la hermosura corpórea del cielo estrellado. Con solo levantar la vista. Con solo levantar la vista, el espectáculo más sublime: ese tam—tam de las estrellas en su danza interminable, esa luminiscencia irreal y asombrosa que aún llega a nuestros ojos cuando hace cientos de años se han extinguido los furiosos luminares que la expandían.

Esto quiere decir que el sentido estético, que tantas personas tienen adormecido, forma parte de la Conciencia. Ningún animal que se sepa detecta ese palpito sereno del cielo nocturno, por más que sí los haya que capten sus ritmos y radiaciones, pero ninguno la forma idealmente perfecta de la rosa, el ámbito prodigiosamente estético de una catedral, el bosque armónico de una partitura, el organigrama geoméricamente cifrado de un lienzo único. Tenemos esta predisposición tal vez malsana, acaso nociva. Nuestros hermanos mamíferos, y sobre todo las aves ovíparas, pero también los peces, claro que son sensibles a la belleza, y así lo establecen en sus ritos de fecundación. Nosotros,

los extraños mamíferos, podemos abstraer, establecer símbolos, articular doblemente el lenguaje. ¡Tenemos conciencia! En esto no es que nos parezcamos a Dios: es que somos Dios. Dios que es el punto omega de todas las conciencias. La fascinación del bien y el delirio del mal. La belleza inconcebible de lo feo y la angustia pertinaz de lo bello, qué gran paradoja el laberinto de la vida.

Pero ¿por qué estoy hablando de estas cosas? ¿Quién soy yo para ni siquiera mencionar términos como Dios o la Conciencia? ¿Cómo me atrevo? Diría que por una sola razón, y es, el lector me perdona, porque lo mismo que estoy escribiendo pudiera no estar haciéndolo. Así de sencillo. Nadie nunca lo sabría y yo mismo terminaría por olvidar mi fracaso. Pero voy a seguir, y digo desde ya que no voy a romperlo, salga lo que salga. Salga lo que salga, puede ser interesante precisamente porque ignoro qué puede salir, en esta disposición en que me encuentro de escribir a tumba abierta. Nada tengo que perder, nada que ganar. Ni por esto, ocultar. Iré donde la pluma me lleve. Yo mismo no sé qué pensar de mí, ni siquiera quién soy; en esto me parezco a ti. Pero tal vez, por mamíferos y por extraños, nos debamos alguna observación biológica bajo lente de aumento. Escribir por escribir no me convence, pero es, me temo, el mejor método. Si somos extraños mamíferos, hay que saber por qué. Y si una especie parasitaria y abstrusa, también.